



# “Dos menos dos suman cuatro”

Una experiencia de voluntariado en Los Ángeles



Este artículo desarrolla el testimonio de una experiencia de voluntariado que ofrece la comunidad salesiana en Los Ángeles a los alumnos y alumnas de educación de la Universidad Pontificia Comillas.



Alicia  
Ruiz Galindo



Estudiante de 4.º de Educación Infantil  
Universidad Pontificia Comillas  
[ruizalicia05@gmail.com](mailto:ruizalicia05@gmail.com)



Entrevista con Alicia Ruiz



Cuando la vocación se expresa por medio de una profesión que tiene como campo al ser humano en una dimensión más allá del cuerpo, no se puede hablar de fórmulas frías y predecibles. Hablo de una profesión que puede cambiar el mundo, convertirlo en un lugar mejor, hablo de la educación. Puedo confirmar a partir de mi experiencia de docente que, cuanto más comparto, más recibo, cuando doy dos al alumno no me quedo con dos menos, sino que recibo dos más. Esto aprendí en el ámbito profesional en mi último verano, cuando pasé dos meses en el Salesian Family Youth Center en Los Ángeles, California.

Hace mucho tiempo que creo en que los cambios siempre son buenos. Las experiencias nuevas en las que salgo de mi zona de confort y me obligo a adaptarme a cosas totalmente nuevas son las que más me ayudan a crecer. Esta fue una de las razones por las que seleccioné un destino en un país y en un continente totalmente distinto al mío.

Al inicio no tenía idea del lugar al que iría ni de las personas que encontraría, solamente estaba en total apertura a lo que viniera. Gracias a Olga Jiménez (de

la oficina de prácticas internacionales en Comillas), tuve la oportunidad de encontrarme y conocer a mis cinco compañeras de experiencia un tiempo antes del viaje.

Volamos al aeropuerto de Los Ángeles, California. Allí nos encontramos con Armando, director del centro en el que realizamos las prácticas y con Luis, quien nos acompañó personalmente durante nuestro tiempo en Estados Unidos. Después nos llevaron a conocer Saint Dominic Savio, donde se inició el modelo de campamento de verano que nosotras seguimos en el este de Los Ángeles.

Cuando llegamos a nuestra comunidad, nos mostraron la casa, nos presentaron al personal que trabaja allí, a los miembros de la comunidad religiosa y nuestros cuartos. El superior de la comunidad, Father Jimmy, rápidamente nos acogió como parte de la comunidad y la familia salesiana.

Hubo algunas cuestiones culturales que me impresionaron desde el principio: las comidas (siempre abundantes, pero no con el mismo sabor al que estaba acostumbrada), la cantidad de basura que se tira en general en el país y la diversidad de opciones para conseguir lo mismo, pero en diferentes marcas, tamaños y formatos.

La primera semana tuvimos diferentes presentaciones: a la vida en comunidad (pues nuestra casa era una comunidad religiosa), a la cultura del país (cosas que se pueden hacer y cosas que no se deben hacer) y al trabajo específico en el club. Llamaban club al Salesian Family Youth Center donde realizamos las prácticas. En esta semana uno de mis principales temores era el idioma, pues sentía que no dominaba el inglés o al menos no como mis compañeras de prácticas. Juan Carlos (quien coordinaba los centros y nos daba seguimiento) nos aconsejó en la primera reunión de formación que nos quitáramos el miedo del idioma o de lo que fuera, y que nos preocupáramos solamente por ser nosotras mismas y amar a los niños.

A pesar de ser Estados Unidos, la zona en la que estábamos era principalmente latina. Los padres de la mayoría de los ni-



ños y demás monitores eran mexicanos. Muchos de ellos llegaron al país de manera no legal siguiendo el “sueño americano” de encontrar una vida mejor para ellos y para sus hijos. La mayor parte de los niños no hablaba español, pero sí lo entendía. Sin embargo, hice el esfuerzo de comunicarme siempre en inglés, pero puedo asegurar que el lenguaje que siempre entendieron fue el lenguaje del amor.

Me sorprendió el ánimo y la energía de los monitores de la zona. Por un lado, había como 40 monitores de entre 14 y 18 años. Y, por otro lado, había 10 monitores de entre 18 y 26 años. Estos últimos dirigían los grados o tenían alguna tarea concreta en un área del campamento. Servían y ayudaban a los niños de manera gratuita desde las 8 de la mañana hasta las 4:30 de la tarde.

Llegó el primer día del campamento. Estaba muy nerviosa. No solo por el idioma, sino también por el cuidado especial que tenía que poner en el trato con los niños. En Estados Unidos no podemos acercarnos mucho a los niños y en algunos casos ni tocarlos para recibirlos o despedirlos. Me esforcé mucho por preparar de manera creativa mi aula asignada: con adornos y muchas decoraciones atractivas para hacer que los niños se sintieran bienvenidos e importantes. Además, hice un sistema para que ellos decidieran cómo saludarnos al entrar al aula y cómo despedirnos al terminar la clase. Podía elegir entre estrechar la mano, chocar los cinco, dar un abrazo o solamente agitar la mano desde lejos.

Al terminar el primer día me sentí muy contenta, satisfecha pero también retada, pues había algunos niños que en el primer encuentro se mostraron con temor o incluso muy reservados conmigo. En este momento me di cuenta que podía y debía dar más de mí. En cuanto al desarrollo de la asignatura que me fue asignada, tuve que modificar el material, el lenguaje y las actividades que preparé para adaptarlas a la realidad que me encontré.

Nuestras actividades en el club se iniciaban a las 10 a. m., pero llegábamos a las 8 a. m. para poder pasar más tiempo



con los niños que llegaban antes, con los otros monitores, para tener la junta de inicio con todo el personal que servía en el campamento y para tener todo el material preparado. Terminábamos nuestro día a las 3:30 p. m. con una junta de evaluación y reconocimiento a cada uno de los miembros del grupo de servicio por el “extra” que cada uno daba en el día.

Para la mitad del campamento sentía que podía hablar en inglés con más fluidez y gané la confianza y el cariño de muchos de los niños. Esto me hizo el trabajo mucho más fácil. Tenía la oportunidad de regresar cada día a casa a las 3:30 p. m. terminando la junta de evaluación, pero prefería quedarme con los niños y demás monitores. Este detalle fue uno de los principales y me enseñó no solamente a querer a los niños, sino a hacer que ellos se sintieran queridos. Es así como se dieron cuenta de que para mí no se trataba



**Aprendí que el ser humano no es una fórmula matemática; que cuanto más te entregas sin medida, obtienes más aún; que no basta con amar a los niños, sino que se necesita que ellos se sientan amados; que la educación es cosa del corazón**

de cumplir un horario, sino de buscar lo mejor para ellos y pasar tiempo con ellos.

Aproximándose el fin de la experiencia, el cansancio se iba acumulando, pero el hecho de ver que los niños no solo aprendían conocimientos, sino también valores y muchas más cosas positivas para sus vidas, me seguía dando energías y deseos de estar con ellos todo el tiempo que fuera posible. Veía con tristeza el

tiempo de volver, no porque no extrañara a mi familia en España, sino porque había encontrado más familia en Los Ángeles. Incluso llegamos a acordar una multa para quien recordara el tiempo que nos quedaba para irnos.

Casi cada fin de semana, tuvimos la oportunidad de conocer una parte distinta de California, incluso tuvimos ocasión de visitar Las Vegas en uno de los fines de semana. Logramos formar un grupo muy fuerte de amistades en el tiempo que estuvimos ahí. Father Jimmy nos aceptó en su casa y nos presentó a sus amistades y familia. Él siempre decía que "si quieres que tu familia se quede en casa, hazla un hogar" y fue así como en Los Ángeles encontré un segundo hogar.

Llegó la última semana de campamento. En estos días dimos las gracias a los monitores, a los niños y a la comunidad. Era el momento de hacer evaluaciones para terminar la experiencia, de recoger los frutos de todo el trabajo realizado y de sacar mis conclusiones personales.

Profesionalmente aprendí que ser docente es más que una profesión: es una respuesta de amor a la vocación. Aprendí que el ser humano no es una fórmula matemática; que cuanto más te entregas sin medida, obtienes más aún; que no basta con amar a los niños, sino que se necesita que ellos se sientan amados; que el momento sagrado para ganar el corazón de los niños es el recreo y las "horas extra"; que la educación es cosa del corazón; que los límites los tengo yo en mi cabeza y que soy yo quien puede decidir quitarlos, pues como dijo Juan Carlos "ustedes pueden ser aquí quienes ustedes quieran ser" •



**HEMOS HABLADO DE**

**Voluntariado; experiencia;  
vocación; educación.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en septiembre de 2019, revisado y aceptado en febrero de 2020.